

Cenizas de amor en la ducha, de Milcíades Arévalo*

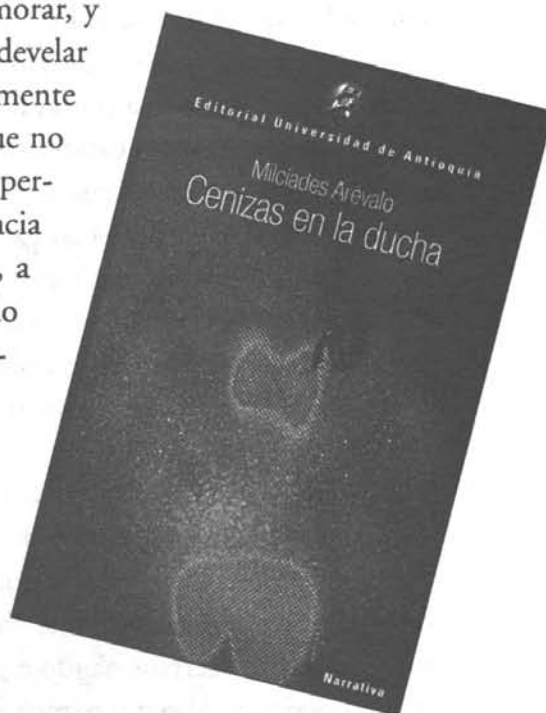
Luz Helena Cordero Villamizar

Alguien dijo que el objeto de la poesía es enamorar, y hay quienes piensan que el sentido de la literatura es develar el corazón de mujeres y hombres, mirar descarnadamente dentro de la naturaleza humana y revelarnos lo que no puede expresar el lenguaje de la vida cotidiana. Las personas gastamos gran parte del tiempo viviendo hacia fuera y el vacío fundamental continúa inalterado, a menos que un día tratemos de ocuparnos del mundo interior. Y cuando nos ocupamos, casi nunca logramos resolverlo.

El amor es la búsqueda infinita por excelencia, y cuando llega nos llena transitoriamente de sustancia. Pero su partida vuelve a encender el hambre, el desamparo. Tal vez el amor sea sólo el disfraz con que vestimos nuestra soledad. Tal vez hayamos errado en su encuentro, quizá nunca le hemos visto el rostro en el afán de echarle los brazos al cuello, de ahogarlo para impedir que nos abandone.

Cenizas de amor en la ducha me habla de la búsqueda incesante de un objeto de amor inexistente, volátil, que siempre está huyendo y no puede ser apresado, ni siquiera en el instante de la conjugación de la carne. Porque la carne traiciona, es fugaz, tímida con su juego milenario de hacernos tocar el universo cuando ni siquiera logramos apresar la inmediatez del momento. Alexandro se empeña en encontrarse a través de todas las mujeres que se le atraviesan en la ruta, esquivas como mariposas pero dispuestas siempre a la miel de sus besos.

Amanda era como una pieza de museo que se le ofrecía apetitosa y voraz, pero ni siquiera su dinero podía garantizarle la mediana seguridad de ser. La soledad pulula como mosca por todos los rincones. Alexandro lo dice a manera de sentencia: "Muchas tragedias se habrían podido evitar si al menos uno solo, entre los millones de seres que habitaban el planeta, hubiese decidido compartir la vida con alguien". Pero ni siquiera se trata de compartir la vida como se comparte un pan o una manzana, pues el mundo está lleno de uniones nefastas que sólo logran multiplicar la carencia.



* Medellín, Universidad de Antioquia, 2001, pp. 111.

Tal vez la tragedia no sea negarse a compartir la vida, sino ser incapaz de asumir la soledad.

Irlena resulta ser la mujer fatal de cualquier película francesa jugando a ser poeta, desfilando como una menina por la Feria del Libro de Bogotá. Sus besos electrizan, roban el alma de un Alexandro perdido, desamparado. La historia oscila entre lo cursi y lo trágico, porque no es otro el terreno que transitan todas las historias de amor. La mejor definición de este personaje está en su afirmación: “No soy Irlena sino la mujer que soñaste para que tu soledad fuera menos triste”. Al final de la novela el hombre termina solo, o tal vez despierta en su propia casa, rodeado de anaqueles, de genios de la literatura. Porque el amor es una comedia que todos nos empeñamos en representar de una manera trágica.

Milcíades nos pasea por la historia de Alexandro echando mano de un lenguaje limpio, por momentos cándido y melancólico, pero sobre todo cargado de poesía. La novela sucede en un escenario en que la literatura es el telón de fondo y Milcíades, mitad misionero y mitad fustigador de la escritura colombiana, deja caer sus palabras como saetas en medio de su ceguera de amor: “Los poetas de mi país parecían ungi-dos por la gracia de Dios y no por la vida. Tal vez por eso eran estridentes, vanidosos, bulliciosos, envidiosos y desleales. Más de uno me había golpeado, vilipendiado y maldecido por haberle dicho que la poesía estaba en todas partes, menos en sus poemas”.

Tendremos que agradecer a Milcíades por hablar en pasado. Tal vez su estilo de conjugación sólo pretende suavizar lo que resulta tan cierto como una montaña. Pocas personas como el autor conocen de modo tan cercano las pasiones y patrañas de la zafra de literatos criollos. Todos alguna vez hemos caído entre sus líneas y alguno de nuestros secretos ha ido a parar a su trinchera, al puesto desde el que combate la mediocridad. Ahora tenemos en las manos sus Cenizas y bien vale el placer de su lectura para que nos sea revelada el alma del combatiente de la palabra. Abre la ducha, Milcíades, muéstranos adónde van las cenizas de la soledad.

bojas **Universitarias**.....